

RUBEN M. CAMPOS

El 25 de abril de 1876 nació en Guanajuato y falleció en la Ciudad de México el año de 1945.

Novelista, poeta, periodista, musicólogo y folclorista. A él se debe la iniciación sistematizada del estudio del folkllore mexicano. Su producción fue vasta, pues lo mismo tocó el campo de la novela que el de la poesía y la historia. Perteneció al grupo de Luis G. Urbina, Nicolás Rangel, y del joven Manuel M. Ponce.

Algunas de sus obras son: dos volúmenes de poemas, *La flauta de pan* y *Las alas nómadas* (1922); las novelas: *Claudio Oronoz* (1906); *El Bar*; las monografías: *Chapultepec. Su leyenda y su historia* (1919); *Tlahuicole* (1925); *Aztlán, tierra de las garzas* (1935): Ya dentro del campo de la investigación literaria musical nos dejó: *El folkllore y la música mexicana. Investigación acerca de la cultura musical de México (1525-1925). Obra integrada con cien sonos, jarralces y canciones del folkllore musical mexicano cuyas melodías están intactas. Ilustraciones de tipos, escenas y paisajes pintorescos de antaño y retratos de músicos mexicanos* (1928); *El folkllore literario de México. Investigación acerca de la producción literaria popular (1525-1925). Copiosa recolección de adivinanzas, anécdotas, canciones, tradiciones, versos callejeros, villancicos* (1929); *El folkllore musical de las ciudades. Investigación acerca de la música mexicana para bailar y cantar. Obra integrada con 85 composiciones para piano cuyas melodías están intactas* (1930); *La producción literaria de los aztecas: compilación de cantos y discursos de los antiguos mexicanos tomados de viva voz* (1936); *Tradiciones y leyendas mexicanas* (1937), y numerosos artículos en los *Anales del Museo Nacional de Arqueología e Historia*, institución de la que fue miembro hasta sus últimos días y en otros periódicos. Fue uno de los últimos representantes de la bohemia de chambergo y corbatón.

Se han ocupado de él: Miguel López López, *Rubén M. Campos y su obra*. México [Islas Dondé Hnos], 1964, 121 h., 11s. (Tesis de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM).

Fuente: Rubén M. Campos. *Chapultepec, su leyenda y su historia*. Fotografías de José M. Lupercio y Gustavo F. Silva. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1919. 38 p. 64 ils. p. 9-22.

CHAPULTEPEC

El peñón de Chapultepec fue descubierto por los toltecas el año 1122 de nuestra era. Los aztecas llegaron allí en 1245, y su sacerdote Tenoch designó la colina para que fuese el primer clan tenochca que arraigara en el Valle de México. Se fortificaron y construyeron albarradas de piedra y se apiñaron en la cumbre, donde se guarecieron en un amplio recinto para repeler las agresiones de los pululantes pueblos lacustres, flotantes en sus ágiles canoas, que vieron llegar aquella irrupción errante, desconocida y temeraria, como un presagio fatídico en su vida patriarcal.

El primer choque tuvo lugar muy pronto, y la primera prueba fue adversa para los aztecas. Los historiadores consignan que los aztecas iban a celebrar la fiesta del fuego nuevo, cuando los sorprendieron los tepanecas que rodearon y escalaron la colina, donde se libró la primera batalla en la que los tenochcas sucumbieron al número y quedaron sometidos a los tepanecas.

Chapultepec marca la última etapa de la peregrinación azteca antes de que los tenochcas lampiños, de ojos de águila y cabellos lacios, tomaran posesión, en nombre de su héroe Tenoch, del corazón de las lagunas, y dejaran, allí donde sobre un peñón un águila parada en un nopal devoraba una serpiente, la primera piedra de su sede definitiva, Tenoxtitlan. Una vez fundada la ciudad primitiva que fue ahondando en el limo sus raigambres horadadas de siglos, Chapultepec fue consagrado por un adoratorio que se elevó en la cumbre de la colina, y desde entonces fue el sitio de recreo de los reyes aztecas. La primera construcción que fue edificada al pie del cerro, y el primer personaje de estirpe real que residió en Chapultepec fue el príncipe Nezahualcoyotl.

A fines de 1428, Nezahualcoyotl, que acababa de vencer y dar muerte con sus propias manos al tirano Maxtla, rey de Azcapotzalco, decidió residir algún tiempo entre los mexicanos y expresó su deseo de construir un palacio. Los mexicanos se apresuraron a complacerlo, pues bien sabido es que el príncipe, entonces en el apogeo de su fortuna, después de haber andado perseguido por largos años desde su infancia y de vivir errante toda su juventud, era el ídolo de los mexicanos, y le pidieron que eligiera el sitio en que deseaba residir.

Nezahualcoyotl eligió Chapultepec; y mientras sus aliados acumulaban toda clase de materiales y ponían obreros a edificar el palacio, el príncipe abría un paréntesis en su vida aza-

rosa de pelea y bravura, la más interesante y romancesca de nuestra historia antigua, y plantaba el bosque de ahuehuetes que hoy cuentan quinientos años desde que fueron plantados por su mano real. Los historiadores chichimecas le atribuyen la canalización de las albercas y la construcción del primer acueducto de piedra que llevó las aguas a abastecer la ciudad de México, hasta la venida de los españoles.

Otros autores afirman que en 1465, siendo rey de México Axayácatl, principió la construcción de un acueducto para llevar el agua de las albercas de Chapultepec a Tenochtitlan, y que la construcción duró un año. No solamente Axayacatl, sino también los demás emperadores mexicanos, residieron en Chapultepec, y para poder trasladarse trazaron y terraplenaron la calzada que aún existe. Sea lo que fuere, el acueducto que traía a México el agua de las albercas, data de la época en que Netzahualcoyotl fue huésped de los mexicanos, y según datos recogidos por los historiadores, era mayor que el reconstruido por el virrey Bucareli y del que aún queda hoy un tramo de veinte arcos de pie, en la Avenida Chapultepec, como recuerdo histórico, así como las fuentes terminales, una frente a la portada sur del bosque y la otra en la plazuela del Salto del Agua. El agua corría por uno de los dos caños de argamasa, y el otro se reservaba para cuando uno de los dos se azolvaba. Otro acueducto que fue reedificado por Moctezuma II y que existía al llegar los españoles, partía de las albercas de Chapultepec y entraba a la ciudad por la arquería de la Tlaxpana y San Cosme, de la que aún quedan vestigios. El marqués de Montes Claros hizo construir también un acueducto en la Calzada de Chapultepec, que se terminó en 1620.

Las albercas de Chapultepec fueron famosas durante cuatro siglos, porque de ellas se abastecía de agua la ciudad de México. Hoy están clausuradas y rodeadas por rejas de hierro, conservadas como un recuerdo histórico y como gratitud a los bienes que derramaron con sus aguas potables. En la alberca mayor, que surtió durante muchos años una gran parte de la ciudad, fue donde según la tradición se depositaron fabulosas riquezas durante el reinado de Moctezuma I, para aplacar el furor del dios del agua cuando la más terrible inundación de México causó enormes estragos. Un tiro o un pozo que va de la cueva a la cima del cerro, fue abierto por uno de los alcaides del castillo para continuar las exploraciones en busca del tesoro de Moctezuma.

El taladro del pozo costó 60,000 pesos, por la dureza de la piedra. El tiro fue perforado dentro de la capilla que había en la cumbre en 1752, y se quería descender hasta el nivel en que están los ojos o veneros de agua, y se trabajó día y noche horadando la roca viva con barrenos en busca del tesoro por los conductos que sigue el agua que alimenta la alberca; pero habiendo hallado oposición las excavaciones porque se temía que se extraviara el agua de las albercas como en 1744, yéndose por las grietas abiertas, fueron paralizadas definitivamente en 1775. No obstante esta precaución, las albercas fueron disminuyendo sus caudales de agua hasta fines del siglo pasado, en que se decretó la demolición del acueducto de la calzada de Chapultepec, hoy Avenida Chapultepec, y fue preciso recurrir a otras fuentes más lejanas para el abastecimiento de la ciudad, en vista de que las albercas quedaron exhaustas.

La alberca grande, llamada de los Llorones, era propiedad del conde de Peñasco y contaba cien varas de circunferencia. La alberca llamada de Moctezuma, que ministraba el agua gorda para la ciudad, tiene treinta varas de perímetro y poco más de siete de profundidad. La tercera alberca, donde estaban los baños, que duraron muchos años al servicio público, era muy extensa, aunque de poca profundidad. Esta alberca era llamada de los Nadadores. Los manantiales de las tres albercas son los mismos. En 1870, que se vació la alberca de Moctezuma, que es la que está más arriba de todas, bajó mucho el nivel del agua en las otras dos y brotó menos agua en los pozos artesianos de la ciudad. La comunicación entre las tres albercas quedó comprobada con ese hecho. Como escaseara el agua en el depósito del Salto del Agua, se hizo un reconocimiento y se vió que los cimientos de tres de las paredes de la alberca de Moctezma amenazaban desplomarse; se buscó nueva salida a las aguas, desazolvióse el fondo y al reconocer los acueductos subterráneos vióse que al entrar por el ojo que hay en una pared se encuentra un cañón que se bifurca; uno de sus brazos es recto y va a terminar en unas peñas junto a las cuales hay dos grandes veneros, y el otro forma una curva y va a terminar en una cisterna de forma circular donde brotan varios veneros considerables. Se observó que esta alberca está comunicada con la de los Llorones, y en uno de los cuartos subterráneos existe esculpida en tezontle negro la siguiente inscripción: "Año de MDLVIII". Observóse también que las paredes están levantadas sobre los veneros; y los caños abiertos por las filtraciones fueron cegados con sacos de mez-

cla hidráulica. El descenso del agua de esta alberca ocasionó que bajara considerablemente el nivel de la alberca de los Nadadores, que está fuera del perímetro antiguo del bosque.

Cuenta la tradición que Moctezuma Illhuicamina, al acercarse el fin de sus días, mandó esculpir su efigie en la rocas tajadas perpendicularmente que ven hacia el oriente, al lado de la efigie de su primo Tlacaelel, y que lo mismo mandó ejecutar Ahuizotl. Según el historiador Gama, fueron también esculpidas la efigie de Axayácatl y las de otros reyes mexicanos, efigies que se conservaron hasta mediados del siglo XVIII, pues fueron destruidas sucesivamente desde principios del XVII hasta el año de 1753, en que fue destruida la de Moctezuma I.

Quedan vestigios de que los reyes mexicanos residieron en Chapultepec después de Nezahualcoyotl, coronado rey de los chichimecas quien partió a su capital Texcoco, en el testimonio de las efigies de los emperadores Moctezuma Illhuicamina, Ahuizotl y Axacáyatl, pues de este emperador pueden verse los miembros inferiores, esculpidos en las rocas laterales que tajan la pequeña montaña. El historiador Solís afirma que en Chapultepec eran depositadas las urnas mortuorias con las cenizas de los reyes aztecas. En el castillo existe aún, convertido hoy en elevador, el pozo perforado por los aztecas en la roca viva con instrumentos de cobre. Mide treinta y tres varas de profundidad y se comunica con la cueva perforada en aquél tiempo y que frente a los arcos que llevan el agua de Santa Fe a la Tlaxpana, mide una distancia de noventa varas a seis y media de altura. La tradición cuenta que Moctezuma II, prisionero de los españoles, iba muy bien custodiado, en apariencia con un numeroso séquito, a cazar al bosque de Chapultepec.

Los mexicanos, según el historiador Torquemada, tenían el bosque de Chapultepec como lugar divino. Moctezuma Xocoyotzin tenía en Chapultepec estanques donde se conservaban los peces más preciosos. Los mexicanos construyeron también allí meridianos solares para regular el cómputo del tiempo. Más tarde, el Virrey don Luis de Velasco, que dedicó el bosque al emperador Carlos V, llevó al bosque una raza de lebres traída de España por el Arzobispo Montúfar, raza que se propagó después por toda Nueva España. Los virreyes guardaron tapiado el bosque desde los primeros años de la conquista, para que los cazadores no mataran o ahuyentaran la mucha raza de ciervos, liebres y conejos que había en las espesuras.

Un acontecimiento que vino a dar una leyenda sombría a Chapultepec, que quedó destinado para fábrica de pólvora pocos años después de la conquista, fue la explosión acaecida en 1784, que conmovió la ciudad con la terrible detonación y destruyó la fábrica desde los cimientos, causando la muerte de cuarenta y siete personas. En un período menor de seis años la fábrica se había incendiado ya cuatro veces, frecuencia que provenía, según la opinión autorizada del Padre Alzate, de que el óxido de hierro que hay en las inmediaciones, adherido al calzado de los obreros, en contacto con el azufre sin purificar que contiene partículas de caparrosa, puede producir incendios y propagarse instantáneamente.

Lo característico del bosque de Chapultepec son los ahuehetes, palabra azteca que significa "viejo de agua", y que son gigantescos sabinos cuyo follaje verdehermoso en la primavera y en el estío, toma un tinte rojizo en el invierno. Más de trescientos ahuehetes rodean el castillo al pie del cerro y hacen más bello el bosque en ese lugar. El ahuehete más corpulento se halla al oriente y mide cerca de quince metros de circunferencia en su tronco; el que está cerca de la entrada de la cueva tiene un poco menos, y hay otros muchos que pasan de diez metros y su sombra se extiende en una gran área, dando frescura al parque y a los céspedes esmaltados de rosales y multitud de flores que sostienen en el bosque una perpetua primavera.

El 26 de mayo de 1521, al aparecer los españoles nuevamente en el valle de Anáhuac, se libró en Chapultepec una sangrienta batalla en la que Hernán Cortés se apoderó de la colina de Chapultepec para sitiar a Tenochtitlan, y destruyó los acueductos para cortar el agua potable a los sitiados. Una vez dueño del bosque, el Conquistador deliberó con Diego de Ordaz acerca de la conveniencia de levantar en la cumbre del cerro una fortificación para defenderse de los mexicanos, por si aliados éstos con los pueblos circundantes de las lagunas pretendían reconquistar la capital del imperio; y poco tiempo después se construyó la fortificación. Una vez consumada la conquista, los virreyes, siguiendo el ejemplo de los emperadores aztecas, designaron a Chapultepec como sitio de recreo virreynal, construyeron una morada venariiega en el lugar en que estuvo el antiguo palacio de Nezahualcoyotl, y en el adoratorio de la cumbre, donde se verificaban los ritos sangrientos, edificaron una ermita dedicada a San Francisco Xavier.

Por real cédula expedida el 25 de junio de 1530, Felipe II mandó que de las posesiones que Carlos V concediera a Hernán Cortés, fuese segregado el sitio de Chapultepec y entregado a perpetuidad a la ciudad de México, para que nadie impidiera, en ningún tiempo, el libre uso de las fuentes o albercas. La real orden fue cumplida por la Audiencia. La residencia virreynal fue reedificada por el Virrey Alburquerque. Derruida en tiempo del marqués de Croix, tratóse de reedificarla de nuevo, pero el virrey Bucareli hizo suspender las obras. El virrey don Matías de Gálvez solicitó de la Corte el permiso para restaurar el antiguo palacio de Chapultepec, a fin de que allí se verificara la ceremonia de la recepción de los virreyes de Nueva España y la entrega del bastón de mando, acto solemne que se efectuaba en San Cristóbal Ecatepec; pero el rey negó su asentimiento. Al virrey don Bernardo de Gálvez corresponde la satisfacción de haber levantado el actual histórico alcázar de Chapultepec. Principió en 1785 la construcción del nuevo palacio al que dio la forma de fortaleza, circunstancia que lo hizo sospechoso ante la Corte, no obstante que el alcázar elevado en la cumbre del cerro tenía un destino semejante al de los sitios reales de Madrid. El ilustre virrey, de cuya fidelidad se dudó sin más fundamento, murió dejando sin concluir la obra.

Los virreyes conservaron amurallado el bosque, y sobre su entrada se leía en una lápida conmemorativa: "Don Luis de Velasco, virrey de esta Nueva España, dedica a su Soberano este bosque, lugar de recreo público, hermoso por su frondosidad y fábricas." Cuando más tarde, en 1818, se trató de enajenar el bosque, la ciudad de México se opuso, en virtud del inalienable derecho de propiedad que tiene adquirido. El conde de Revillagigedo fue el primero en proyectar la creación de un jardín botánico en Chapultepec; pero hasta después de la Independencia no se formó el jardín botánico al pie del cerro. También se trató de establecer allí desde entonces el Observatorio Astronómico, que fue fundado hasta 1878, y desde principios del siglo XIX quedó establecido en el castillo el Colegio Militar. La fortaleza que construyó Hernán Cortés, transformada en fábrica de pólvora, fue la que hizo explosión en 1784 y destruyó el edificio, cuando murieron muchas personas en la catástrofe. Los anales de Chapultepec registran un suceso sangriento acaecido el 29 de febrero del año bisiesto de 1824. Una loba rabiosa se introdujo al bosque y despedazó cuatro niños y dejó moribundas a dos ancianas, de

la familia del guardabosque, quien acudió al oír los gritos de terror y trabó una lucha cuerpo a cuerpo con la fiera, a la que logró degollar con una navaja que la hermana del guardabosque le dio cuando él yacía en el suelo abrazado a la loba. Los supervivientes de este drama murieron atacados de rabia, y sólo el guardabosques llevó todavía algunos años una vida mísera y achacosa. La piel de la loba duró mucho tiempo colgada de un ahuehuete, como sangriento recuerdo de la tragedia. En 1843 el alcázar de Chapultepec fue artillado y transformado en castillo.

El castillo tiene una amplia meseta que se levanta a veinte metros de altura, con sus terraplenes respectivos, y forma parte del edificio que se llamó plaza de armas. Las azoteas del primer piso de este departamento quedan al nivel de la altura del piso alto; y hay otra meseta superior, pequeña, que se prolonga hacia el oriente para descansar sobre las piezas y corredores levantados en la parte inferior. El gran patio del castillo está bardeado de cal y canto y forma una curva saliente frente al pórtico, delante del cual hay una fuente y un jardín en el que se destacan seculares araucarias. El patio que da al norte está comunicado con antiguas piezas subterráneas que en un tiempo fueron mazmorras y después depósitos de parque.

En 1784 se construyeron en el bosque unos hornos para hacer el reconocimiento de los minerales del azogue, a petición del Tribunal de Minería. En 1788 una real cédula ordenó que fueran rematados el castillo y el bosque de Chapultepec, porque en su reparación se gastaba mucho, pues se necesitaban noventa mil pesos, después de llevar gastados ciento treinta y siete mil, solamente para la conservación. De aquí provino que se tratara de vender la posesión real; pero debía tanto Chapultepec a la Real Hacienda que nadie quiso sufragar el gasto de redimir la posesión del gravamen del fisco, y fue preciso para atender a la conservación hacer anualmente varias corridas de toros que rendían quince mil pesos libres. Por fin el castillo y el bosque fueron puestos en pública subasta; pero la oposición del Ayuntamiento, la resistencia de los virreyes a deshacerse del sitio de recreo, el cambio que trajo consigo la muerte de Carlos III y el advenimiento del virrey Revillagigedo impidieron la realización del remate.

Pero el fasto más glorioso de Chapultepec es la heroica defensa que allí opusieron los mexicanos contra la invasión americana.